



Puente Democrático

Diálogo Latino Cubano

Año IV Número 15 - Tercer Trimestre 2016



Este libro ofrece por primera vez el testimonio y las experiencias de trece ex presidentes y primeros ministros de nueve países que contribuyeron al éxito de las transiciones desde regímenes autoritarios hacia la gobernanza democrática.

¿Sabremos transitar en Cuba?



Transiciones Democráticas constituye un caso académico a partir de historias de vida política; una combinación soberbia de trabajo intelectual y biografía con pocos precedentes. La variedad de personajes e historias se erige sobre el eje compartido entre todos de hacer una diferencia importante en la construcción del bien para comunidades más amplias, corriendo sobre sus propias y específicas circunstancias. Pese a la riqueza de diferencias de historia,

tradicción y cultura entre los países y sus respectivos líderes, todas las transiciones manejan un menú similar de conceptos, de opciones y variables que se combinan de manera diferente para producir un resultado similar: líderes y países que reconocen, con cierta reticencia en algunos casos, el pluralismo político, las libertades fundamentales y los derechos humanos, el Estado de derecho y las elecciones libres y democráticas.

Pág. 2

Por Manuel Cuesta Morúa

Salir de la dictadura es liberar las palabras, y lo demás se libera después



La lectura de este libro comprueba que la transición es un camino largo, que puede tener tramos veloces, pantanos y retrocesos. Por eso, lo importante es el proceso de acumulación de fuerzas ciudadanas que comiencen a considerar inexorable el desenlace. Es evidente que la construcción de la democracia comienza bajo el techo de la dictadura, y el periodismo es uno de los anda-

mios más relevantes. **Pág. 6**

Por Fernando J. Ruiz

¿Sabremos transitar en Cuba?

Por Manuel Cuesta Morúa

Es probable que la pregunta esté mal planteada desde el punto de vista de la riqueza real de los acontecimientos históricos, y desde el fracaso humano cada vez que hemos intentado imitar a dios. Las transiciones políticas suelen darse sin ningún control humano, y los hechos que se suceden pueden girar, cambiar, retrasar o simplemente posponer lo que nos parece inevitable en la transformación de las sociedades.

¿Y qué comentar del azar? La nariz de Cleopatra, que se dice cambió el curso de la historia romana, o la carcería de Trotsky, que resfriándolo, le impidió estar presente a la hora y lugar apropiados donde se definió, sin su participación, el curso de la revolución rusa. ¿Habría sido distinta la historia en mayúscula de Roma sin el impacto libido de la nariz de Cleopatra? ¿Podría haber evitado Trotsky el curso totalitario de Rusia en 1918 si no hubiera sucumbido al gusto aristocrático de cazar patos en medio del bullicio revolucionario?

La historia contra fáctica tiene el mérito de demostrarnos que si no podemos cambiar el curso del pasado, este siempre estuvo cargado de posibilidades cuyo desarrollo, teóricamente hablando, habría conducido el curso de esa historia por cauces si no distintos, al menos sí con otras combinaciones. Saber lo que no fue pero pudo ser tiene otra arista. Esta vez ligada al futuro: las opciones están abiertas en lo adelante.

La tentación de hacer sin saber en materia política, más frente a los grandes cambios, es fuerte en amplios segmentos democráticos casi por la intuición de que dada la imposibilidad de controlar, desde el cono-

Saber la transición es imposible, pero producirla sí es posible con el control que nuestra voluntad puede ejercer sobre los hechos presentes para guiarlos hacia el futuro. La voluntad pretende entonces que conoce, pero se aferra solo a aquella porción de realidad que satisface las determinaciones de su voluntad, desdeñando el resto de hechos que la contradicen. Y como en toda transición o cambio histórico el liderazgo es inevitable.

cimiento, todos los hechos posibles, es al menos posible controlar nuestra voluntad de producir los hechos, y de paso la realidad, para crear los cambios de la transición.

Y aquí la paradoja. Saber la transición es imposible, pero producirla sí es posible con el control que nuestra

voluntad puede ejercer sobre los hechos presentes para guiarlos hacia el futuro. La voluntad pretende entonces que conoce, pero se aferra solo a aquella porción de realidad que satisface las determinaciones de su voluntad, desdeñando el resto de hechos que la contradicen. Y como en toda transición o cambio histórico el liderazgo es inevitable, la importancia de la voluntad adquiere una significación central para quienes conducen o pretenden conducir el cambio político.

Saber es entonces importante. Saber limitado o saber amplio, no importa. Lo que aparece reivindicado para quienes intentamos participar en procesos de transición es que conocer la transición es un punto clave para guiar la propia en el tiempo y lugar que nos corresponde. Qué y cuánto sabemos es lo que hace la diferencia. Incluso, conocer el papel del azar.

La relación entre conocimiento de los procesos y creación de procesos en materia política es más escurridiza porque las diferencias entre las distintas transiciones son tan significativas que tienden a desfigurar sus trazos comunes. Se abona así el terreno para los experimentos de la voluntad, el rechazo a consultar modelos de cambio y, regreso a las paradojas, el intento en el límite de recurrir a modelos de última hora, en el desespero por el fracaso de la experiencia.

El saber transitar es fundamental entonces porque, en cualquier perspectiva que nos coloquemos, nunca podremos deshacernos de alguna porción de conocimiento del pasado, del presente o del “futuro” —lo que llamamos prospectiva— para trabajar por los cambios democráticos. El problema es de punto de partida: la

palabra transición misma encierra el reconocimiento de que el cambio nunca se produce desde el vacío adánico. Dicho de otra manera: toda la realidad precedente y presente de la que partimos para ver, analizar o producir la transición es resultado del conocimiento. Hay un saber sobre la realidad pero la realidad misma es saber acumulado sobre el que intentamos actuar. Hay que conocerla, para transformarla a su vez.

Para los cubanos hoy esto es más cierto aún. Reconozcámoslo o no, los que nos hemos embarcado en el cambio democrático tenemos una referencia, codificada en los textos que hemos leído o a los que nos hemos acercado o sobre los que se han construido las opciones de cambio que han recibido apoyo exterior.

La idea-fuerza del cambio rápido, de la transición instantánea o total, del derrocamiento “revolucionario” de un régimen se ha alimentado más de la palabra codificada que del intento serio de leer, estudiar y analizar las opciones a través de los textos o conceptos de referencia. Hemos oscilado entre el modelo de transición del campo ex-socialista y el modelo revolucionario cubano, construido sobre la lectura épica y la memoria fragmentada de nuestra historia. En ambos casos, conscientemente o no, hemos intentado transitar a partir de un saber hecho por o para nosotros. De manera que poco nos valdrá tratar de partir las aguas entre los que animan el saber de la transición y los que trabajan y luchan por la transición sin importarle el conocimiento mismo.

Esta distinción es exacta en un sentido, pero distorsiona la realidad en otro. La pregunta debe hacerse al interior de los que trabajan por los cambios: ¿Pueden estos deshacerse en realidad del saber transitar? Las experiencias de la transición nos recomiendan que no debemos tratar de hacerlo. Ni siquiera de intentarlo. Como diría el economista británico, John Maynard Keynes, tratando de alejarnos de las ideas, sucumbimos

El libro no solo es imprescindible. Es también impactante. Se mueve entre la pura academia, con el típico análisis de variables conceptuales y largos desarrollos, propios de los textos inevitablemente densos cuando se discurre desde la abstracción y el contraste empírico, y la experiencia vívida y viva de quienes construyeron su liderazgo en medio de las transiciones democráticas, aprendiendo digamos que en la marcha, o pusieron su liderazgo a favor de la democracia.

siempre a las ideas del pasado, de los que pensaron antes que nosotros las circunstancias en las que vivimos.

En nuestra ayuda viene un texto que me parece imprescindible y que recomiendo a todos los que, líderes o no, luchamos por el cambio democrático en Cuba.

¿Su título? *Transiciones Democráticas: Enseñanzas de líderes políticos, Galaxia Gutemberg (Barcelona, 2016)*, preparado y editado por el ex Ministro Sergio Bitar, de Chile y el

profesor Abraham Lowenthal, de Estados Unidos.

Un ensayo preliminar de los mismos autores, editado por el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral de Suecia, IDEA, por sus siglas en inglés, se publicó en 2015 bajo el título *De los regímenes autoritarios a la gobernanza democrática: aprendiendo de los líderes políticos*.

El libro no solo es imprescindible. Es también impactante. Se mueve entre la pura academia, con el típico análisis de variables conceptuales y largos desarrollos, propios de los textos inevitablemente densos cuando se discurre desde la abstracción y el contraste empírico, y la experiencia vívida y viva de quienes construyeron su liderazgo en medio de las transiciones democráticas, aprendiendo digamos que en la marcha, o pusieron su liderazgo a favor de la democracia.

Esto último hace particularmente rico el texto, y lo sitúa en la tradición de la periodista italiana Oriana Fallaci, con aquella obra suya titulada *Entrevista con la Historia*, en la que dialogó con importantes líderes mundiales del momento, y que tanto nos enseñó de la historia, las costumbres, las miserias y las alturas de la política, construido como un vitral y condensado en un solo haz de luz.

Las diferencias del libro de Bitar y Lowenthal con el de la Fallaci son varias. Destaco tres, en un ejercicio de contraste inmanente, porque me parecen relevantes para nosotros los cubanos. La primera es de propósito. *Transiciones Democráticas* constituye un caso académico a partir de historias de vida política; una combinación soberbia de trabajo intelectual y biografía con pocos precedentes. La segunda es de naturaleza. La variedad de personajes e historias se erige sobre el eje compartido entre todos de hacer una diferencia importante en la construcción del bien para comunidades más amplias, corriendo sobre sus propias y específicas circunstancias. La tercera, y última, es que pese

www.puentedemocratico.org
correo@puentedemocratico.org

a la riqueza de diferencias de historia, tradición y cultura entre los países y sus respectivos líderes, todas las transiciones manejan un menú similar de conceptos, de opciones y variables que se combinan de manera diferente para producir un resultado similar: líderes y países que reconocen, con cierta reticencia en algunos casos, el pluralismo político, las libertades fundamentales y los derechos humanos, el Estado de derecho y las elecciones libres y democráticas.

Bitar y Lowenthal conversan con líderes de primera línea: Fernando Henrique Cardoso, Presidente de Brasil (1995-2003); Patricio Aylwin, Presidente de Chile (1990-1994); Ricardo Lagos, Presidente de Chile (2000-2006); John Agyekum Kufuor, Presidente de Ghana (2001-2009); Jerry John Rawlings, Presidente de Ghana (1993-2001); B. J Habibie, Presidente de Indonesia (1998-1999); Ernesto Zedillo, Presidente de México (1994-2000); Fidel Ramos, Presidente de Filipinas (1992-1998); Aleksander Kwasniewski, Presidente de Polonia (1995-2005); Tadeusz Mazowiecki, Primer Ministro de Polonia (1989-1991); F.W. de Klerk, Presidente de Sudáfrica (1984-1994); Thabo Mbeki, Presidente de Sudáfrica (1999-2008) y Felipe González, Presidente de España (1982-1996).

Un viaje por el liderazgo mundial en los sentidos geográfico y cultural del término.

¿Qué dicen estos líderes a sus entrevistadores, cada uno, en su estilo y desde sus específicos contextos?

Cuando se trata de preparar la transición, Fernando Henrique Cardoso por ejemplo, y desde Brasil, donde los militares tuvieron una presencia clave desde 1964, veía como el centro de su estrategia “no arrinconar a los militares, sino inducirlos a que se acercaran al proceso en busca de una salida”.

Si el asunto es el de poner fin a los regímenes autoritarios, todos los entrevistados coinciden en que aquellos no ceden poder hasta que un sector importante dentro no percibe o tiene

La conclusión a la que llegaron los autores es políticamente perturbadora en términos de nuestra cultura política, pero de una fineza política decisiva. Dicen Bitar y Lowenthal, al conversar con estos líderes nos dimos cuenta que “rechazar las posiciones maximalistas exige más coraje político que adherirse a... objetivos o atarse a principios atractivos pero poco prácticos”. De altura política: “la transición no es una tarea para dogmáticos”.

la percepción de que la pérdida sustancial de apoyo público puede llevarles a consecuencias nefastas o incontables.

Un punto clave que enfatizan estos líderes tiene que ver con el modo de manejar la transferencia del poder en transiciones. Para conducir los destinos del gobierno se necesita personal bien preparado, técnica y políticamente, frente a nuevas responsabilidades en nuevos contextos que no deberían invitar a la improvisación.

Felipe González (España), Thabo Mbeki (Sudáfrica) y Tadeusz Mazowiecki (Polonia) enfatizan la necesidad de mantener algún personal

de los regímenes anteriores porque la gobernanza actual es más compleja y requiere competencias, habilidades o conocimientos que por razones obvias no abundan en los actores democráticos de la oposición. Elemento importante para el proceso de estabilizar e institucionalizar las democracias emergentes.

Crucial para entender e impulsar el proceso en Cuba. Todos los líderes consideraron al ser entrevistados que es importante aprovechar las oportunidades aunque sean parciales para avanzar, antes que rechazar el progreso incremental en la esperanza de poder llegar, más adelante, a un cambio más grande y total. Felipe González utilizó una expresión, bien colocada luego por Fernando Cardoso, descrita como “salir del pozo”, con la que quería significar la importancia de ganar en fuerza y capacidad de influencia antes de formular demandas más grandes y osadas.

En este contexto la conclusión a la que llegaron los autores es políticamente perturbadora en términos de nuestra cultura política, pero de una fineza política decisiva. Dicen Bitar y Lowenthal, al conversar con estos líderes nos dimos cuenta que “rechazar las posiciones maximalistas exige más coraje político que adherirse a... objetivos o atarse a principios atractivos pero poco prácticos”. De altura política: “la transición no es una tarea para dogmáticos”.

Pero lean el libro para captar la sabiduría, el sentido del humor y la capacidad de autocontrol en boca de los propios entrevistados. No adelanto por aquí nada más que el intento de despertar la curiosidad para la anécdota y el razonamiento inteligente.

Enseñanzas de líderes políticos se recrea en otras áreas claves en una transición. Los autores pasan revista a cómo estos líderes trabajaron en la creación y protección de espacios para el diálogo. Diálogo entre en la oposición y diálogo entre ésta y el gobierno. Estos diálogos proporcionaban ideas y análisis para evoluciones

posteriores y el clima necesario para la necesaria construcción de consenso entre todos los actores del drama.

Se pueden mostrar dos ejemplos de un mismo caso dramático. Las “conversaciones acerca de las conversaciones”; una serie de encuentros secretos realizados fuera de Sudáfrica entre funcionarios del gobierno de Frederick de Klerk y miembros del Congreso Nacional Africano. También, las conversaciones ocultas “bush retreats” que de Klerk sostuvo con líderes de ese importante movimiento político en Sudáfrica.

Igual de indispensable es el trabajo en el ámbito constitucional y la importancia de involucrar a la mayor cantidad de participantes en el proceso. Quién participa y cómo se conduce este proceso. La importancia de llegar a acuerdo en los procedimientos, más que en los contenidos, la vía crucial del compromiso, más que la de obtener cuotas de poder en una lógica de ganadores-perdedores. Todo ello es destacado como parte del esfuerzo que los actores democráticos deben hacer para llegar al éxito en las transiciones.

El libro toca el tema ineludible de lo que llama la economía política de las transiciones. Con ello se refiere al papel que juega el contexto económico en propiciar o no la transición democrática. No siempre juegan el mismo papel, y tanto la crisis como la bonanza económicas pueden incidir en un sentido u otro en el proceso. No obstante, es obvio, siempre determina la dirección y el ritmo de las transiciones.

Todos los temas tienen en este libro una especial atención y una rica perspectiva que nos convida a leerlo con detenimiento, reparando en la rica variedad de puntos de vista que recoge.

Me interesa detenerme en un penúltimo punto, que este libro desarrolla muy bien, antes de cerrar la reseña: las cualidades del liderazgo para obtener transiciones exitosas. Un tipo de liderazgo que, en tiempos de explo-

sión de ciudadanía, todos deberíamos potenciar en nuestras organizaciones, familias y comunidades.

Los líderes entrevistados comparan, por encima de sus obvias diferencias, una serie de rasgos y aptitudes adquiridas esenciales para los momentos críticos de transición:

1. Sentido estratégico de dirección
2. Preferencia esencial por transformaciones pacíficas e incrementales por encima de convulsiones o cambios repentinos
3. Bases de apoyo extendidas y diversificadas y comprensión de que los radicalismos e intransigencias son desfavorables a la transición
4. Resolución y coraje, al riesgo de sus vidas
5. Paciencia, persistencia y resiliencia
6. Autoconfianza
7. Confianza en personas con competencia que pudieran aconsejar acerca de temas complejos
8. Capacidad persuasiva y de escucha, desde un lenguaje altamente civilizado en medio de las tensiones y desgarramientos del cambio y la represión.
9. Capacidad para movilizar apoyos externos
10. Rápida adaptabilidad a las circunstancias.

Un decálogo para el liderazgo que cada ciudadano debería portar consigo en todas las circunstancias de la vida colectiva.

Termino la reseña de un libro excepcional para tiempos de cambio relacionando siete corolarios que, según los autores, se desprenden de transiciones por otro lado disímiles y no siempre pavimentadas. Para los cubanos tienen una importancia nada despreciable luego de más de 40 años de infructuosos intentos, en términos estratégicos, por instaurar la democracia en Cuba.

A) La mayoría de las transiciones

democráticas de regímenes autoritarios a regímenes democráticos fueron procesos extendidos más que eventos singulares o específicos.

- B) Una vez que comienzan, las transiciones discurren a diferentes velocidades, con avances y retrocesos.
- C) Solo en raras ocasiones los regímenes autoritarios colapsan abruptamente como resultado de una crisis económica.
- D) La mayoría de las transiciones necesitaron varios años para madurar e institucionalizarse.
- E) Las transiciones tienen características comunes, pero difieren en su comienzo, secuencia y trayectoria.
- F) Algunas de estas transiciones comenzaron por el acercamiento entre sectores elites a ambos lados del espectro político.
- G) Todas estas transiciones fueron el resultado de fuerzas internas, que necesitaron, sin embargo, fuerte apoyo desde el exterior.

Detengo involuntariamente aquí mis comentarios. E invito de nuevo a la lectura de un libro magnífico, de dos autores, uno al norte y otro al sur, informados y conectados. Demócratas a carta cabal y que han completado más de 500 folios llenos de esperanzas, y de no muy gratas sorpresas para nosotros los cubanos. Amantes del aquí y del ahora, y propensos al nunca jamás. En lo que llevamos una eternidad.

Manuel Cuesta Morúa es portavoz del Partido Arco Progresista (socialdemócrata, participa en carácter de invitado en la Internacional Socialista). Coordinador de la Concertación Nuevo País. Ha escrito numerosos ensayos y artículos, y publicado en varias revistas cubanas y extranjeras, además de participar en eventos nacionales e internacionales.

Salir de la dictadura es liberar las palabras, y lo demás se libera después

Por Fernando J. Ruiz

El libro *Transiciones democráticas: Enseñanzas de líderes políticos* (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016), de Sergio Bitar y Abraham Lowenthal (Eds.), es muy útil para repensar qué hacer frente a situaciones autoritarias. Los análisis son ricos y los testimonios de los protagonistas son indispensables. Para completar, las cronologías orientan, refrescan y ayudan a entender mejor cómo fue la secuencia de la salida.

Hubo transiciones de todo tipo: abruptas, lentísimas, controladas, descontroladas, desde adentro del régimen o desde afuera. Y, en todas, hubo cierto arte de la ejecución por parte de los principales líderes.

Los principales aprendizajes que sugiere este libro en la relación entre periodismo y transición, serían los siguientes:

Espejo. Cuando en el interior del régimen empieza a haber una discusión sobre la transición, es probable que ese debate se perciba en los medios de comunicación. Si los medios son del régimen, el resto de la sociedad podrá leer entre líneas lo que está ocurriendo; si los medios tienen cierta autonomía, estos podrán agrandar las fisuras entre las distintas facciones oficiales y empezar a desgajar sectores que transiten desde el régimen hacia la oposición. Aquí pueden ser claves en la estrategia de dividir a la dictadura y unir a la oposición (p. 584). Si el poder, como dice Felipe González, es la administración de expectativas, los periodistas pueden contribuir a construir un horizonte de transición, a pesar de que los pasos

Cuando en el interior del régimen empieza a haber una discusión sobre la transición, es probable que ese debate se perciba en los medios de comunicación. Si los medios son del régimen, el resto de la sociedad podrá leer entre líneas lo que está ocurriendo.

que se vayan dando sean pequeños (p. 517). Como dicen los organizadores del libro, “una visión atractiva del futuro a largo plazo para el conjunto de la sociedad y promesas moderadas de beneficios más inmediatos contribuyeron a sostener transiciones complejas en períodos de mucha tensión, que implicaron peligros, costes y decepciones” (p. 590).

Indicador. El periodismo es un indicador del avance o retroceso de la transición. Entre los periodistas suele haber varios de los principales referentes de la vanguardia del cambio, que están en la frontera y por eso pueden sufrir las consecuencias. El asesinato del periodista Vladimir Herzog, en Brasil en 1974, fue, como a veces ocurre, un acelerador de la construcción del bloque opositor. Los

zarpazos de los duros del régimen, han sido muchas veces aceleradores de la transición. El alto nivel de indignación que el hecho produjo, reunió a sectores importantes que hasta entonces no tenían suficiente confianza y acuerdo entre sí. El encuentro alrededor de lo fundamental –en gran medida los derechos humanos– es facilitado por estos hechos dramáticos, que terminan cerrando discusiones interminables que paralizan la confluencia necesaria de los opositores. El cardenal de San Pablo, los líderes de otras comunidades religiosas, los periodistas, líderes opositores, grupos sociales, e incluso algunos funcionarios oficiales, participaron de manifestaciones a partir de ese crimen. También para el caso chileno, Patricio Aylwin sugirió que el encuentro alrededor de los derechos humanos terminó con intrincadas deliberaciones tácticas o estratégicas que frenaban los acuerdos básicos entre los opositores.

Desarrollo. Cuando la dictadura sostiene la formalidad de las instituciones democráticas, la transición consiste en darle sustancia real a esas instituciones, en primer lugar al periodismo. Pero cuando las dictaduras construyeron una nueva institucionalidad, el periodismo es algo que tiene que diseñarse desde la base, a partir de la experiencia precaria y casi clandestina de la sociedad civil opositora. El primer caso es el de las dictaduras de seguridad nacional en América Latina; el segundo caso es el de las dictaduras comunistas europeas. Hoy la realidad cubana o china

por ejemplo, nos sugiere que el futuro del sistema de medios de esos países va a estar en aquellos pequeños medios de comunicación que, construyéndose desde la sociedad opositora, están logrando conectar con los valores de la ciudadanía más democrática. También por supuesto la reforma de los medios estatales acompañará seguramente la reforma del resto del estado autoritario. Hay pocos reflejos más claros de la naturaleza autoritaria o democrática de un régimen como el análisis del contenido de los noticieros de la televisión estatal.

Actores políticos. En la medida en que los medios ganan autonomía en esos escenarios de transición, sus acciones producen a cada paso hechos políticos: visibilizar o invisibilizar hechos, ideas, personas, etcétera; contribuir a la regulación de las reputaciones de los distintos actores del teatro público; contribuir a conectar entre sí a grupos o a personas; contribuir a aislar. El siempre lúcido Fernando Henrique Cardoso recordó el caso del diario económico *Gazeta Mercantil*, el que en 1977 organizó un foro de líderes empresariales, que realizó expresiones críticas a la política económica oficial: “fue una cosa curiosa, como que la prensa había inventado un liderazgo que, en realidad, estaba disperso” (p. 39), dijo Cardoso.

Ataque. A veces se produce una intifada periodística. Algunos medios y periodistas pueden en forma clandestina o en la superficie atacar de distintas formas el poder autoritario. Cuando Argentina era una democracia, y en Chile estaba todavía la dictadura de Pinochet, el entonces primer ministro Italiano Bettino Craxi quiso financiar una radio para transmitir desde las provincias argentinas limítrofes hacia el interior de Chile, iniciativa que el presidente argentino de entonces Raúl Alfonsín no aprobó, según el recuerdo del ex presidente chileno Ricardo Lagos (p. 120).

Los periodistas son también parte de la clase dirigente que gobierna un país, y ellos pueden también acompañar el cambio de actitud del establishment, como ocurrió en Sudáfrica con el fin del apartheid. También ellos son conectores intralite y llevan y traen mensajes que pueden contribuir a construir “consensos suficientes” para darle una fuerza al cambio hasta que este se convierte en una bola de nieve.

Escuela. Un periodismo que entiende que la suya es una profesión democrática, se convierte en un factor muy positivo para la transición, y termina siendo escuela de democracia para los adultos. En Brasil, los dos poderosos diarios de San Pablo, la *Folha* y *O Estado*, fueron luces importantes para la apertura. En la lenta transición brasileña, ambos medios no pararon de presionar por el cambio, a diferencia de la televisión *Globo*, que tenía una actitud sin autonomía frente a la dictadura militar. En la última etapa de la transición, todavía *Globo* era muy lenta en realizar su propio tránsito, y en las manifestaciones públicas sus camiones eran agredidos. “La *Globo* tardó

mucho en darle a la campaña una cobertura proporcional a su relevancia y tamaño”, recordó Cardoso (p. 40).

Democracia. Resulta un valor fuerte para la transición la cultura democrática de quienes están en los medios. Los periodistas demócratas tienen que llegar antes que la democracia, de la misma manera que el Rey Juan Carlos era constitucional antes de la llegada de la constitución. Cuenta Felipe González que, “cuando el rey recibe el poder, toma la decisión de no ejercerlo en forma absoluta, sino que lo delega en Adolfo Suárez como si la Constitución estuviera vigente...En ese momento el rey ejerce como monarca constitucional, sin que haya una Constitución todavía...Adolfo Suárez también inició su mandato como si se tratase de un presidente constitucional desde el punto de vista del ejercicio de la responsabilidad” (p. 491). Eso es lo que permite construir instituciones que se consoliden pues sus líderes tienen una cultura consecuente con esas instituciones. A esto se refiere quien fue presidente de Sudáfrica, Thabo Mbeki, quien considera clave para la transición que haya “medios de comunicación educados, que no se limiten a buscar historias sensacionalistas y mantengan el interés de la población en el proceso de cambio” (p. 469).

Verdad. La materia básica sobre la que trabaja el periodismo es la información, y esa es también una de las claves de las transiciones. Fue muy interesante el caso indonesio. El nuevo líder, que llega tras la salida del dictador, recibe en su mesa de trabajo en su primer día una enorme cantidad de informes de inteligencia, que no coincidían entre sí. Una telaraña de teorías e informaciones incompletas que forman lo que los militares llaman “la niebla de la guerra”. “Leía aquellos informes minuciosos y no coincidían. ¿Cómo averiguar cuál decía la verdad?”, dijo B. J. Habibie, sucesor en 1998 del dictador Sukarno.

Frente a ese contexto, “la única manera de equilibrar todos esos datos tan confusos era recurrir a la ayuda de los propios ciudadanos. Por eso, a las 24 horas de convertirme en presidente, decidí instaurar la libertad de prensa. (...). Instaurar la libertad de expresión me permitió obtener información fidedigna sobre la opinión que la población tenía de mi gestión”.

El primer ministro español Felipe González agrega que “por primera vez en la historia del ser humano y del poder político, eso que siempre hemos pensado acerca de que ‘la información es poder’ ha cambiado. La información hoy es un bien como el aire, está a disposición de todos. Todo lo que ocurre, incluso lo más secreto, se sabe.El poder es la coordinación de la información relevante para el propósito que tienes como gobernante” (p. 518).

Confianza. Dado que el proceso de transición consiste en la construcción de confianza entre amplios sectores, la tecnología de las comunicaciones es un factor importante. Los teléfonos móviles en Indonesia en 1998, y las redes sociales Facebook y Twitter en este siglo, son un recurso que acelera la construcción de confianza entre grupos sociales, y eso contribuye a una más rápida movilización contra la dictadura. En los años previos a estas tecnologías, la confianza se lograba mediante publicaciones escritas, y reuniones cara a cara, que se hacían con mucha dificultad y lentitud en el interior de las dictaduras. Ahora, la construcción de la confianza interpersonal para hacer manifestaciones en la calle es más fácil y rápida.

Además, como señala el ex presidente de México, el priista Ernesto Zedillo, la velocidad con que la gente recibe la información va influyendo también en el curso de los acontecimientos (p. 285). Como la transición consiste en un cambio de escenarios, hay una gran ansiedad informativa por parte de todos los actores de

Del periodismo pueden surgir también los referentes principales del proceso de cambio. En Polonia, el último primer ministro de la dictadura comunista fue el editor jefe de Polityka; el primer ministro de la transición fue el editor católico Tadeusz Mazowiecki; y el presidente polaco que completó la consolidación democrática fue el también editor Aleksander Kasniewski.

entender cuál va a ser finalmente el nuevo escenario. Los flujos caóticos de información que se producen en el actual ecosistema mediático aportan en forma permanente indicios sobre ese cambio estructural.

Conexión. Los periodistas son también parte de la clase dirigente que gobierna un país, y ellos pueden también acompañar el cambio de actitud del establishment, como ocurrió en Sudáfrica con el fin del apartheid. También ellos son conectores intraelite y llevan y traen mensajes que pueden contribuir a construir “consensos suficientes” para darle una fuerza al cambio hasta que este se convierte en una bola de nieve. Un periodista da noticias también a los líderes, para obtener noticias de ellos en un intercambio donde ambos se benefician. El presidente sudafricano Thabo Mbeki recuerda casos en los

que un periodista le dio noticias que fueron importantes en la transición. La transición expande la elite del poder, lo que hace que se convierta en un recurso útil la conexión que hacen los periodistas que recorren todos esos espacios.

Líderes. Del periodismo pueden surgir también los referentes principales del proceso de cambio. En Polonia, el último primer ministro de la dictadura comunista fue el editor jefe de Polityka; el primer ministro de la transición fue el editor católico Tadeusz Mazowiecki; y el presidente polaco que completó la consolidación democrática fue el también editor Aleksander Kasniewski. En un país donde la política y los medios tuvieron un alto nivel de interrelación, los periodistas han sido muchas veces potenciales candidatos.

Acceso. Un proceso de transición también se puede analizar como una agenda mediática donde cada vez hay más actores políticos y sociales en su interior. En la transición mexicana, la presión sobre el Partido Revolucionario Institucional (PRI), llevó a la regulación de los espacios audiovisuales para que cada vez más incluyan la voz de los opositores, al menos en los procesos electorales.

La lectura de este libro comprueba que la transición es un camino largo, que puede tener tramos veloces, pantanos y retrocesos. Por eso, lo importante es el proceso de acumulación de fuerzas ciudadanas que comiencen a considerar inexorable el desenlace. Es evidente que la construcción de la democracia comienza bajo el techo de la dictadura, y el periodismo es uno de los andamios más relevantes.

Fernando J. Ruiz es Doctor en Comunicación Pública y Profesor de Periodismo y Democracia de la Universidad Austral (Argentina).